¿GIGANTES O MOLINOS? EL *QUIJOTE* COMO PARÁBOLA DE LA FALSEDAD EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Antonio Barnés Vázquez
Universidad de Granada
barnesius@gmail.com

Nihil novum sub sole. La cuestión sobre la falsedad en la comunicación no es nueva, máxime si nos referimos a la obra literaria. De todos son conocidas, sin ir más lejos, las reticencias de Platón ante los poetas, a pesar de que, oh paradoja, él era no menos poeta que filósofo.

Vivimos en una época de colosales avances tecnológicos, pero los grandes temas humanos, como este de la falsedad, han acompañado al hombre a lo largo de la historia. ¿No son falsas las pinturas rupestres, en el sentido de que hacen presente lo no-presente? Por ello el arte y la escritura han ejercido siempre una fascinación que no ha dejado de despertar furias iconoclastas. El sentido común se impone para buscar un equilibrio que combata la mentira sin pretender hacer pagar a justos por pecadores.

Pues debido a que el ser humano piensa y habla, puede decir verdad o mentira, y como la representación de lo que observa se sitúa en el plano de lo verosímil, se ha hablado de competición entre el arte y la naturaleza, y de que a veces el primero supera a la segunda.[1]

La falsedad puede afectar a todas las especies de comunicación: la ordinaria o común, y también la artística, sea pictórica, escultórica, arquitectónica, literaria, musical... pero también a la científica y periodística.

Precisamente hace 400 años un español escribió una novela en el contexto de un debate sobre la falsedad de la literatura. Ese español se llamaba Cervantes y su novela *Don Quijote de la Mancha.*

Es indudable que la obra ha tenido éxito. Es más: hay un amplio consenso acerca de que el *Quijote* es la mejor novela de la historia. Es interesante, pues, indagar en qué medida la lucha contra la falsedad influyó en el *Quijote.* Y la investigación puede ser especialmente sugestiva e instructiva para un comunicador.

En efecto, el *Quijote* se escribe a comienzos del siglo XVII con el objetivo de satirizar las novelas de caballerías.[2] ¿Fue original Cervantes al enfrentarse con ese tipo de ficciones? En absoluto. El movimiento humanista llevaba un siglo criticando dicho

[1] Naturaleza y arte allí parece
andar en competencia, y está en duda
cuál vence de las dos, cuál más merece. *Viaje del Parnaso,* III, 436-438. Cervantes, Miguel de, *Obras completas.* Edición electrónica del Centro de Estudios Cervantinos, 1997, que recoge la edición de Sevilla Arroyo, Florencio y Rey Hazas, Antonio, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993-1995. Todos los textos cervantinos del artículo, salvo los del *Quijote,* corresponden a esta edición.

[2] Dice Cervantes en el prólogo de la primera parte del *Quijote:* "Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón, ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología, ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica, ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que, cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere". Este texto, y los restantes del *Quijote* que aparecerán en el artículo, corresponde a la siguiente edición: Francisco Rico (ed.): Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha,* Barcelona, Crítica, 1999, p. 17.

Barnés Vázquez, Antonio, "¿Gigantes o molinos? El *Quijote* como parábola de la falsedad en la sociedad de la información", en *Falsedad y comunicación,* Méndiz Noguero, Alfonso y Cristófol Rodríguez, Carmen (Coords.), Universidad de Málaga/Debates, 2007, págs. 211-219.

género.[3] Lo que los humanistas afirmaban en sus ensayos, se hizo novela en la pluma de Cervantes.

¿Por qué se enfrentaban los humanistas a las novelas de caballerías? ¿Acaso eran rechazadas por el público lector? Todo lo contrario. Las novelas de caballerías venían a suponer lo que en nuestro tiempo representa el fútbol, las telenovelas o los *reality-shows.* Eran, como se dice comúnmente, *lo que pedía la gente.*

Entonces, ¿a qué viene esa beligerancia? Los humanistas redescubrieron la literatura grecolatina y en ella hallaron un bello estilo y un contenido ejemplarizante, de modo que en su imitación no sólo pretendían una cualificación de las letras, sino también del ser humano.

1. VEROSIMILITUD Y EJEMPLARIDAD

Si a esto añadimos la recuperación de la *Poética* de Aristóteles, ya poseemos un ideal estético y ético bien definido: verosimilitud y ejemplaridad. Condiciones que incumplían flagrantemente las novelas de caballerías.

Detrás de estas críticas humanistas atisbamos la idea de que la lectura no es inocua. Todavía no se había producido ese divorcio tan extendido entre la filosofía y la poética, entre lo ético y lo estético, diríamos hoy. A estos efectos, es significativo que la primera poética en castellano, la *Philosophía antigua poética* de Alonso López Pinciano (1595), que traslada a nuestras letras los principios básicos de la *Poética* aristotélica, comienza con una exposición de principios básicos de antropología.

Cervantes, así, construye en el *Quijote* una novela verosímil, en la que penetra la cotidianeidad y los personajes tienen vida propia: son creíbles. Además, el protagonista en un hidalgo que ha enloquecido por leer novelas de caballerías y confunde la realidad con lo falso: los molinos con gigantes, las ventas con castillos, los rebaños con ejércitos... Don Quijote es un icono, precisamente, de esa posible nocividad de la lectura. Su imaginación ha quedado trastornada. Pero al final de la *historia* don Quijote recupera la discreción, vale decir, la prudencia. Y es que las virtudes aristotélico-cristianas empapan la obra de Cervantes. Ahí está la ejemplaridad.

Cervantes se inclina más por el realismo aristotélico que por el idealismo platónico,[4] lo que será determinante en la creación de la novela moderna. Algo semejante ocurre con su en parte contemporáneo Velázquez. Si observamos su cuadro *El triunfo de Baco,* también conocido como *Los borrachos,* observaremos que el dios

[3] "Hay una rama de la crítica española del siglo XVI que vuelve a florecer en el *Quijote.* Me refiero a los comentarios sobre los libros de caballerías, comentarios dispersos, ciertamente, pero que se encuentran no solo en tratados críticos, sino también en escritos de otro tipo. Desde el comienzo de su renovada popularidad, inaugurada por el *Amadís de Gaula* a principios de siglo, los libros en cuestión habían sido blanco de censuras y juicios adversos pronunciados por teólogos, humanistas y otros intelectuales. Las opiniones favorables eran muy pocas. Los libros fueron reprobados más que nada por lascivos e indecentes y, por ahí, por poner en peligro la virtud de las doncellas aficionadas a su lectura. Según Juan Luis Vives, un padre podía encerrar con toda precaución a su hija, pero «déjale un *Amadís* en las manos y deseará peores cosas que quizá en toda la vida». Vives, Erasmo, Juan de Valdés, Malón de Chaide y muchos más expresaron su desaprobación con razones vehementes. No solo se censuraba la falta de moralidad; también fueron criticados estos libros por razones estilísticas: por estar mal construidos y peor escritos. Finalmente, sus detractores los condenaban por mentirosos, insensatos e increíbles", Riley, Edward C.: "Cervantes: teoría literaria", en Rico, *op. cit.,* p. CXXXI.

[4] "Pero no me maravillaría yo tanto desto si fuese de aquella opinión del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabían, prosuponiendo que todas se crían enseñadas; mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa", Cervantes, Miguel de, *La Galatea,* IV, en Sevilla y Rey (ed.), op. cit. (La edición electrónica carece de números de página).

Barnés Vázquez, Antonio, "¿Gigantes o molinos? El *Quijote* como parábola de la falsedad en la sociedad de la información", en *Falsedad y comunicación,* Méndiz Noguero, Alfonso y Cristófol Rodríguez, Carmen (Coords.), Universidad de Málaga/Debates, 2007, págs. 211-219.

está representado según la estética idealista: estilización, torso desnudo, al igual que su compañero de la izquierda. A la derecha, sin embargo, aparecen cuatro personajes de condición vulgar con aspecto y vestimenta de la época. Es un contraste buscado, como una provocación. Lo más elevado -dioses-, junto a lo más bajo. El cuadro es como una parábola de la transformación estética que se ha dado en el curso del Renacimiento desde el idealismo platónico al realismo aristotélico.

Cervantes demuestra que la verosimilitud puede ser tan fascinante como la idealización. La literatura, hasta ese momento, exceptuando el caso de la novela picaresca, se había entretenido en dibujar personajes y espacios ideales: la Arcadia pastoril, las novelas de caballerías... en que había un gran contraste entre los personajes de alcurnia y los vulgares. En el *Quijote,* sin embargo, convivirá un hidalgo con un rústico campesino, Sancho Panza, personaje no menos importante que el caballero para la obra.

Pero Cervantes no se limita a describir la realidad, a hacer creíble lo que narra, lo cual podría ser más propio del realismo del siglo XIX. Tampoco se complace en detenerse en los aspectos más sórdidos de la vida, como observamos en buena parte de la literatura del siglo XX. Cervantes no es un mero fotógrafo. El arte y la literatura suelen recrear la realidad, por mucho que nos parezca que hay una identidad entre lo observado y lo relatado.

Ciertamente la novela picaresca supone un avance hacia el realismo. Pero este género utiliza un único foco de atención, un punto de vista: la autobiografía de un pícaro. Cervantes, en cambio, diseña una galería de personajes en los que caben los altos y los bajos, los nobles y los plebeyos, las mujeres de alcurnia y de baja estopa. Los caballeros y los venteros. Y, como en la vida, hay una multiplicidad de puntos de vista.

Ya hemos dicho que el alcalaíno se desenvuelve dentro de los parámetros de la antropología aristotélica y cristiana, lo cual significa que piensa que el hombre puede mejorar. Los humanistas creían en el hombre. Aún no habían sido inficionados por el pesimismo existencial de cierta modernidad. Y por ello los personajes cervantinos suelen perfeccionarse o, al menos, comprender la naturaleza de sus errores y ponerse en condiciones de rectificar.

Don Quijote recobra la cordura. Sancho pierde zafiedad, rusticidad, en su contacto con el caballero. Gana en discreción, como puede verse paradigmáticamente durante su gobierno de la ínsula Barataria.

La lucha hacia la perfección se desarrolla entre la razón y la pasión.[5] Por ello hay en Cervantes tanto elogio de la discreción, y por ello las pasiones aparecen con viveza. Las derrotas de don Quijote, sus apaleamientos, su yacer en el suelo inmortalizado por Doré son también icono de ese agón humano entre razón y pasión, entre inteligencia y apetito.

El elogio de la cordura en que puede sintetizarse la obra cervantina no es otra cosa que el enaltecimiento de esa capacidad humana de dominar las pasiones hacia un buen fin.

2. LO QUE PIDE EL PÚBLICO

[5] "No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda. Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros", dice don Quijote a Sancho en *Quijote,* II, 42, p. 972.

Para los comunicadores Cervantes imparte la lección de no dejarse seducir por el espejismo de transmitir "lo que pide el público". Ha de tener la sensatez suficiente para construir relatos verosímiles (literatura-cine) o verídicos (información), con un interés ejemplarizante, es decir, poniendo en ejercicio la discreción/prudencia para que, en su escritura se tome posición frente a la virtud y al vicio. La escritura no es inocua: transmite una antropología. No es neutra. El comunicador ha de tener el arrojo necesario para, sustrayéndose a la opinión más o menos establecida -el gusto por las novelas de caballerías, en el caso de Cervantes-, buscar lo justo. Cervantes antepone lo justo al gusto, pero envolviendo lo discreto en lo gracioso, es decir, ejecutando el ideal aristotélico-horaciano de deleitar aprovechando.

Con claridad expone Cervantes su propósito en el prólogo de la primera parte del *Quijote:*

> Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intricarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que, si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.[6]

Aunque estas palabras, como tantas de Cervantes, tienen una buena dosis de humor, no deja de ser significativa su voluntad de que el mensaje –en este caso, el texto literario- llegue a cada tipo de lector, adecuándose a los diversos tipos de temperamentos. La cual lección es interesante en todo proceso comunicativo.

El alcalaíno no exime de responsabilidad a los autores que se escudan en la opinión del vulgo para escribir obras imperfectas, y pone ejemplos de piezas hechas con buen arte que han logrado también el aplauso general, y sustanciosas ganancias para sus promotores.[7]

Ciertamente Lope de Vega, que se acomodó al gusto del público, le ganó la batalla a Cervantes en el teatro, pero éste, con el *Quijote,* se ha convertido en un clásico universal, pese a ir contracorriente.

Por otra parte, la inclinación hacia la verosimilitud que se produce en Cervantes sobre todo con el *Quijote* y las *Novelas ejemplares* le hace ser una especie de precursor del periodismo. No sin fundamento podría escribirse un *Cervantes, periodista.*

Su figura, por tanto, puede interesar y aportar no pocas ideas a los informadores de todas las épocas y particularmente a los comunicadores del siglo XXI.

---

[6] Edición de Rico. Op. cit., p.,

[7] "Decidme, ¿no os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron a todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros a los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho?" "Sin duda -respondió el autor que digo- que debe de decir vuestra merced por *La Isabela, La Filis* y *La Alejandra*". "Por ésas digo -le repliqué yo-, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar a todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa". *Quijote* I, 48.

Barnés Vázquez, Antonio, "¿Gigantes o molinos? El *Quijote* como parábola de la falsedad en la sociedad de la información", en *Falsedad y comunicación,* Méndiz Noguero, Alfonso y Cristófol Rodríguez, Carmen (Coords.), Universidad de Málaga/Debates, 2007, págs. 211-219.

Uno de sus consejos podría ser éste: "Domina el lenguaje y los géneros periodísticos". En efecto, Cervantes, como autor literario es un generalista y un experimentador. Se adentró en casi todos los géneros que la panoplia literaria de su época le ofrecía. Escribió verso y prosa, incluyendo asimismo poesías en sus novelas. Compuso obras de teatro, abarcando dentro del drama tanto la comedia como la tragedia, y piezas de ese género menor del entremés, en el que logró ser un consumado maestro.

Publicó *La Galatea:* una novela pastoril, y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda,* una ficción inspirada en las *Etiópicas* de Heliodoro, obra griega de gran influjo en el Renacimiento. Y con el *Quijote,* parodiando el prolífico género de las novelas de caballerías, creó la novela moderna. Pero además, introdujo en la literatura castellana el género de la novela corta, que tan productiva iba a ser en el futuro. Cervantes es el Boccaccio español.[8]

Esas novelas breves, ejemplares, acercan más a Cervantes al periodismo contemporáneo. Sobre todo aquellas que pueden situarse bajo el rótulo de crónica social, como *Rinconete y Cortadillo.* Y las críticas de costumbres que observamos en *El coloquio de los perros,* no desmerecen del más granado periodismo de denuncia.

El comunicador, por tanto, está llamado a conocer los diferentes géneros periodísticos: ser *multimedia,* conocer las leyes propias de la comunicación escrita, radiofónica, televisiva y la que va por *internet.*

El comunicador ha de conocer muy bien su propio idioma, para usarlo con propiedad, claridad y corrección, también gramatical. Es conveniente que conozca otras lenguas, como el inglés -Cervantes sabía italiano, la lengua de cultura de la época prestigiada por los hallazgos renacentistas itálicos-, pero sobre la base de un acerado conocimiento del propio registro idiomático.

Ya hemos insistido en una actitud cervantina muy propia del comunicador: el inconformismo. "Que no te engañen los *gigantes* de *lo que pide la gente*". Aun gustándole las novelas de caballerías, -Cervantes era un gran conocedor y lector de ellas-, prevalecen en él las convicciones de su concepción antropológica y estética y satiriza ese género tan recurrente en su época. El comunicador, pues, ha de ser rebelde ante aquello que entiende no contribuye a la dignidad de la persona humana. Hoy hablaríamos del sensacionalismo, la pornografía, la telebasura, etc.

Cervantes participa de la convicción de que la comunicación puede contribuir a cambiar el mundo (a mejor). Era socarrón,[9] pero no cínico. No era un intelectual de salón, que observa los toros desde la barrera. No en vano había participado en la batalla más importante de su época, la de Lepanto, y había sufrido un largo cautiverio -cinco

---

[8] "Ningún prosista antiguo ni moderno ha influido tanto en el estilo de Cervantes como Boccaccio. Sus contemporáneos lo sabían perfectamente: con el nombre de *Boccaccio español* le saludó Tirso de Molina, atendiendo, no a la ejemplaridad de sus narraciones, sino a la forma exquisita de ellas. Y alguna hay, como *El casamiento engañoso* y *El celoso extremeño,* que, aun *ejemplarmente* consideradas, no desentonarían entre las libres invenciones del *Decamerón,* si no las salvara la buena intención del autor enérgicamente expresada en su prólogo: «que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público»", Menéndez Pelayo, Marcelino, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote», en Obras Completas de Menéndez Pelayo, VI (*Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, I*), Madrid: CSIC, 1941 (1905), p. 333.

[9] Yo, socarrón; yo, poetón ya viejo,
volvíles a lo tierno las saludes,
sin mostrar mal talante o sobrecejo. *Viaje del Parnaso,* VIII, 409-411.

Barnés Vázquez, Antonio, "¿Gigantes o molinos? El *Quijote* como parábola de la falsedad en la sociedad de la información", en *Falsedad y comunicación,* Méndiz Noguero, Alfonso y Cristófol Rodríguez, Carmen (Coords.), Universidad de Málaga/Debates, 2007, págs. 211-219.

años- en Argel. Curiosamente Cervantes vive una confrontación que en la actualidad, desgraciadamente, ha reverdecido: el conflicto entre islam y occidente. En su tiempo se diría entre el islam y la cristiandad.

"Aporta una antropología sólida: ¡atrévete a pensar!". Podría ser otra recomendación cervantina. Era un hombre pragmático: soldado, recaudador para la hacienda real... pero leyó bastante, y aprovechó la educación recibida. En un mundo tan complejo como el nuestro es importante poseer una serie de claves intelectuales que permitan interpretar lo mudable del acontecer diario. Máxime cuando uno se ocupa, precisamente, de contarlo.

El último, pero no por ello menos importante, rasgo cervantino que me interesaba resaltar es el del buen humor. Es una de las características más salientes de su personalidad. A pesar de las dificultades sin cuento por las que atravesó, su carácter no era agrio. Ya hemos dicho que se autodefine como socarrón. Pero además, el buen humor le acompaña en todas sus líneas. Y es una de las causas del éxito del *Quijote.* No hace leña del árbol caído. Cervantes nos pinta a un loco pero con una serie de rasgos humanos y entrañables que nos lo hacen muy amable. Lo mismo podríamos decir de Sancho y de otros tantos personajes de sus libros.

Respecto de la imagen manipulada, concepto del subtítulo del congreso, la aportación de Cervantes también es interesante. Por una parte, el novelista domina las técnicas de la verosimilitud. El *Quijote* es como un juego de espejos en que el autor juega varias bazas para hacernos creíble la historia: el manuscrito base, escrito por Cide Hamete Benengeli, y que se supone maneja el narrador de la historia; la segunda parte de la obra, en la que los personajes ya conocen el eco de la primera y opinan sobre ella; el *Quijote* apócrifo de Avellaneda, aparecido tras la primera parte y que es enjuiciado por los mismos personajes *auténticos* en la segunda, hasta el punto de decidir viajar a Barcelona en lugar de a Zaragoza por contradecir al autor espurio.

Estas técnicas, que son válidas, y aún necesarias, para las obras de ficción, no son convenientes, sin embargo, en los géneros informativos, donde el comunicador ha de esforzarse por no manipular los datos, indicando con franqueza lo que incluye de interpretación personal.

Pero hay otra cuestión, ya esbozada anteriormente, y es la manipulación que se produce por la distorsión de algún sentido cognoscitivo. En este sentido, Cervantes ha enriquecido su obra con la teoría del conocimiento aristotélica. La distinción entre los sentidos externos –vista, oído, gusto, tacto y olfato-; los internos –sentido común e imaginación-; y las potencias del alma –memoria, entendimiento y voluntad-; nos proporciona un mapa conceptual indispensable para saber cómo conoce el hombre así como la vulnerabilidad de su conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

CERVANTES, M. de (1997), *Obras completas.* Edición electrónica del Centro de Estudios Cervantinos, que recoge la edición de Sevilla Arroyo, Florencio y Rey Hazas, Antonio, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993-1995.

CERVANTES, M. de (1999), *Don Quijote de la Mancha,* Francisco Rico (ed.), Barcelona, Crítica.

Barnés Vázquez, Antonio, "¿Gigantes o molinos? El *Quijote* como parábola de la falsedad en la sociedad de la información", en *Falsedad y comunicación,* Méndiz Noguero, Alfonso y Cristófol Rodríguez, Carmen (Coords.), Universidad de Málaga/Debates, 2007, págs. 211-219.

MENÉNDEZ PELAYO, M. (1941), «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote», en *Obras Completas de Menéndez Pelayo,* VI (Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, I), Madrid: CSIC, 1941 (1905), pp. 323-356.

RILEY, E. C. (1999) "Cervantes: teoría literaria", en: CERVANTES, M. de, *Don Quijote de la Mancha,* Francisco Rico (ed.), Barcelona, Crítica, p. 131.

RICO, F. (ed.) (1999), CERVANTES, M. de, *Don Quijote de la Mancha,* Barcelona, Crítica.

Barnés Vázquez, Antonio, "¿Gigantes o molinos? El *Quijote* como parábola de la falsedad en la sociedad de la información", en *Falsedad y comunicación,* Méndiz Noguero, Alfonso y Cristófol Rodríguez, Carmen (Coords.), Universidad de Málaga/Debates, 2007, págs. 211-219.